

E L

ANGEL DEL HOGAR,

PÁGINAS DE LA FAMILIA.

Revista semanal de literatura, educacion, modas, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad.

EJEMPLOS MORALES, INSTRUCCION Y AGRADABLE RECREO PARA LAS SEÑORITAS.

BAJO LA DIRECCION DE

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

SUMARIO.

Hija, esposa y madre, (continuacion), por María del Pilar Sinués de Marco.—*La ciega feliz*, poesia, por doña Elisa Galan y Navarro.—*Deberes de la mujer*, (conclusion) por D. Eusebio Blasco.—*Fray Agustin*, (traduccion) por D. Faustino Mendez Cabezola.—*Hijo por hijo*, (continuacion), por doña Maria Mendoza de Vives.—*Modas*, por Pamela.—*Labores*, por Pamela.

Con este número se reparte un pliego de patrones y el sesto del tomo cuarto de la *Galeria de mujeres célebres*.

HIJA, ESPOSA Y MADRE.

CARTAS DEDICADAS A LA MUJER ACERCA DE SUS DEBERES PARA CON LA FAMILIA Y LA SOCIEDAD.

PARTE SEGUNDA.

ESPOSA.

(Continuacion).

VI.

HONORIA Á MÉLIDA.

Madrid, diciembre de 18...

He tardado algun tiempo en escribir á usted, mi querida niña, porque deseaba darle en mi primera carta una buena noticia: esta es que voy á pasar á su lado algunos dias: sí; no puedo resistir al deseo de verla y abrazarla: al deseo de consolarla si sufre.

Dejo al frente de mis niñas á mi primera pasanta, jóven laboriosa y buena, y además á Petrita que ahora es la segunda, y que se hace adorar, á pesar de ser tan fea como V. sabe, por su carácter angelical.

¿Se acuerda V. de Petra? estoy segura de que sí; su buen corazon no olvida nada, y menos á los desgraciados: Petra, á la que sacamos del seno de la mas espantosa miseria, es hoy feliz: le doy un sueldo modesto, y sigue habiendo con su madre la buhardilla: tiene una criadita que cuida de la anciana y arregla la

comida para las dos, pues Petra, á pesar de mis instancias para que coma conmigo, me ha respondido siempre:

—Es imposible, señora, que yo deje á mi madre comer sola: además, igualarme con mi bienhechora...! jeso jamás!

Pero volvamos á V., mi querida Mélida: en breve estaré á su lado, y creo que sus penas se aliviarán: voy prevenida contra esa anciana dura y cruel para V. que es un ángel de bondad y de resignacion: contra esa mujer, que debia besar donde V. pone la planta, y que tiene la osadía de tratarla mal, siéndole V. tan superior en todo.

Creo que de mi boca oirá verdades amargas que la enseñen á dejar esa grosera dureza por los buenos modales que V. tiene derecho á exigirle.

Algunas veces me digo que es el vivir una cosa muy triste: por todas partes sollozos y quejas! V. sufre; aunque lo disimula todo lo posible, se escapa de su pecho el grito de una angustia superior á sus fuerzas.

¡Y aquí...! á pesar de que voy á verla muy pronto, no puedo callarle ahora lo que me aflige.

¡Clara sufre! ¡Clara es desgraciada! y es á mí á quien culpa de su desgracia!

¡Sí, Mélida! el cariño fraternal de Camilo y sus tiernas deferencias hácia mí, le causan celos! el deseo de curarla de ellos ha influido no poco en la determinacion que he tomado de

salir de Madrid por algun tiempo, y de irme al lado de V.

Mélida, por do quiera que voy, busco una alma como la de V. y no la hallo... la misma Clara tan noble, tan activa, sucumbe al mezquino cuidado de unos infundados celos, que jamás hubiera V. abrigado! ¡pero ah! es que la celeste serenidad del ánimo de V. no se halla en este mundo! ¡es que la sublimidad de su inocencia, su sencillez, su noble modo de ver las cosas y de sentir, la apartan de esos dolores sin causa que nadie compadece porque el sentirlos es confesar que se merecen!

Clara, con la pena que siente y que no trata de disimular, me separa de mi hermano, y me arrebató mi solo afecto y mi solo apoyo en el mundo. ¡Y bien, Mélida! ya que he llegado al terreno de las confesiones, ¿por qué he de retroceder? si Camilo ha buscado alguna vez el modo de hablarme con expansion: si me ha llevado á un asiento lejos de los que los demás ocupaban, ha sido para confiarme que tampoco es feliz! ha sido para decirme que sufre, que sufre mucho!

No me ha dicho, sin embargo, la causa de su pena: asegura que él tampoco la sabe; pero que la angustia de corazon que siente es para él una cosa terrible, insoportable!

¿Amaria á otra mujer, que no fuese Clara? cuando le he hecho esta pregunta, casi temblando, porque conozco su carácter rígido y grave, ha eludido la respuesta y ha variado de conversacion.

No obstante, la tristeza le consume: ya se asoma voraz y aterradora á sus grandes ojos, y á la triste sonrisa que abre sus labios: ya su tez se tiñe con el amarillo de la hipocondria: ¿qué tendrá? ¡esto es un misterio que no me es dado descifrar!

Camilo no es ya el que era: el hombre del gran mundo, el hombre grave, sábio, apacible por el conocimiento de su propia grandeza, se convierte rápidamente en un ser débil, triste é irresoluto. Sin embargo, él ha activado todos los preparativos para abrir su salon á algunos amigos escogidos: recibe una sola vez á la semana, en las noches de los lunes: yo no asisto á sus recepciones; al fin no soy mas que la directora de una casa de educacion, y no es aquel mi sitio.

En la noche del último me hallaba sola en mi cuarto y leyendo; fatigada del trabajo de todo el dia, pensaba acostarme temprano, cuando llamaron y algunos instantes despues ví entrar á Camilo.

—Buenas noches, me dijo sin mirarme y dejándose caer en un sillón.

—Dios mío! ¿qué tienes? ¿qué te pasa? exclamé: ¿qué pálido estás!

—No sé lo que tengo, me respondió: hoy estoy agobiado por una pena sorda y profunda! he huido de mi casa por que me era insoportable la vista de tanta gente!

Me levanté y fui á sentarme á su lado.

—Hermano, le dije tomándole una mano: deja y aconmigo la reserva, y dime lo que tienes... lo que te pasa...! así podré consolarte!

Camilo reclinó la cabeza en el respaldo de su sillón y me pareció que de sus labios salía un sollozo.

—No me preguntes, me respondió: nada puedo decirte, sino que soy muy desgraciado!

—Pero no puedo yo aliviarte? le pregunté:

—No! me contestó: solo Dios... y me olvida!

—Dios no olvida á nadie, amigo mío: pero dime? estás descontento de Clara?

—Ah, no! Clara es un ángel! exclamó con una espresion de verdad, que no podía dejar lugar á la menor duda.

—Te ama?

—Con pasion: con una pasion tan grande que la empequeñece, porque tiene celos de tí.

—Ya lo sé, le respondí, y tuya es la culpa! por qué estás triste y silencioso como disgustado de todos y de tí mismo? Camilo, no quiero que Clara padezca por mí ni perder su cariño: y para desengañarla voy á salir de Madrid.

—Te vas! y á dónde? exclamó él alzando la cabeza.

—A un pueblecito de Aragon: á Urrea; allí está Mélida, y pasaré algunos dias á su lado.

Camilo no contestó: se levantó, dió algunos paseos por la estancia: y á la luz del quince ví lágrimas en sus ojos, y que estaba muy pálido.

—Adios, me dijo, pasados algunos instantes: me vuelvo á mi casa: he hecho mal en dejar á Clara sola, y únicamente me disculpa el que está allí su madre, pero ya debo volver... Adios, Honoria.

Dicho esto, desapareció.

A la mañana siguiente vino Clara: estaba tambien pálida y en su semblante se leía una especie de irritada altivez.

—Señora, me dijo así que se hubo sentado: tendrá V. la bondad de decirme si estuvo aquí anoche el conde?

—Sí por cierto, le respondí: aquí estuvo.

—A qué hora?

—Desde las diez hasta las once.

—Es extraño, exclamó Clara con amargura, que se deje á sus amigos por venir á su lado de usted!

—Es extraño, en efecto, le respondí, y así se lo dije yo.

—Hubiera V. hecho mejor en no recibirle.

—Y qué hubiera dicho de mí, querida mía? no sabe V. que siempre nos hemos tratado como hermanos? pero, querida Clara, estaría V. enojada conmigo?

—No señora, me contestó: hay cosas que no merecen enojo, si no desprecio!

Dicho esto, me dejó.

—No hay remedio, me dije: es preciso partir.

Voy, pues, en busca de V., mi querida niña: yo estoy segura de que ambas nos hacemos falta mutuamente. ¡Dios mío! será posible que ninguno de los afectos de la tierra ha de ser durable! ¡cuánto me ofenden las sospechas de Clara! yo, que solo deseo su felicidad, merecer su enojo, mejor dicho, provocarle! ah! primero que hacerla sufrir, saldré para siempre de Madrid y romperé por mi mano los dulces y fraternales lazos que me unían á Camilo.

Y este ¿qué tendrá? de qué modo se podría descubrir, para curarla, la herida de esta alma fuerte? ¡cuán grande debe ser para que se queje así, él, tan sufrido, tan reservado! nunca le he visto abatido, y ahora me parece el gladiador romano, que cae desfallecido y bañado en su sangre sobre la arena!

Ya el hielo vestirá los árboles de ese escondido valle, Mérida: pero yo lo veré todo bello y risueño á la dulce luz de sus ojos! pronto tendrá la dicha de abrazarla su amiga

HONORIA.

(Se continuará).

María del Pilar Sinués de Marco.

LA CIEGA FELIZ.

¿Qué importa que la vista embelesada
No pueda contemplar el mar, ni el cielo,
Si el alma enamorada,
Le admira ya con sin igual anhelo?

¿No escucho siempre la canción amante
Con que expresan las aves su alegría?
La fuente murmurante,
¿No presta á mis oídos armonía?

¿Por qué llorar mentida desventura,
Si el Supremo Hacedor de lo creado
Con tan grata dulzura
Mi leve privación ha compensado?

¿No hay en mi boca un cántico armonioso
Y en mi mente sublime poesía,
Destello luminoso
Que inunda mis sentidos de alegría?

La noche en que me veo sumergida,
Me oculta de este mundo las maldades;
Mi deliciosa vida
No ha conocido nunca adversidades.

¿Por qué perder el corazón la calma,
Plañendo un infortunio que no existe,
Si los ojos del alma
Hacen mirar risueño lo que es triste?

¡Dios de bondad y amor! agradecida
Siempre estaré, porque me habeis dejado
Admirar embebida
Las grandezas sin fin que habeis creado!

Elisa Galan y Navarro.

DEBERES DE LA MUJER.

(Conclusion.)

El pero.—Tres preguntas.—El autor confundido.—Proyecto de ley.—Finis coronat opus.

La última vez que tuve el gusto de dirigirme á ustedes, amabilísimas lectoras mías, las dejé, permítaseme la frase, con los dientes clavados en un pero.

Ustedes, decía yo, han recibido una bellísima educación, son instruidas, eruditas, si se me apura, pero...

Y ahora voy á poner un punto final á aquellos puntos suspensivos.

Les falta á ustedes la educación del alma, la educación del corazón, para hablar todavía más claro.

¿Porqué dicen ustedes que aman á un hombre si no perdonan medio de matarle á disgustos?

¿Porqué se atreven ustedes á confesar que un hombre no les es indiferente, si, después de decir esto, le hacen ustedes víctima de la indiferencia?

¿Porqué hacen ustedes alarde de cumplir con sus deberes de hijas, de esposas y de madres, y olvidan ustedes sus deberes de amantes?

Cuando tenga yo una contestación á estas preguntas, escribiré la segunda parte de este maltrazado tratado.

Confieso que, hoy por hoy, no he llegado á comprender bien ciertas pequeñeces muy grandes que en el sexo bello he observado.

Confieso que estoy nadando en un mar de

dudas, y lo que es peor, que me voy á fondo.

Confieso que la mujer me parece un libro de bellísimas páginas, encuadrado á todo lujo, impreso en letras de varios colores, y escrito con tinta *simpática*, pero tambien con lágrimas á veces.

Es decir, que al cabo de tanta y tanta reflexión como he hecho, con perdón de ustedes, he venido á ser la segunda edición de aquel que hizo todo lo que pudo, y no hizo nada.

Es una triste verdad, y una verdad cómica al mismo tiempo, la de que ustedes se entienden... y no se bailan solas.

A mí me ha sucedido lo que á todos los escritores que se han ocupado de la mujer. Todo mi trabajo se ha reducido á observar á la bella mitad del género humano, y á trasladar al papel mis observaciones: pero en cuanto á decir algo de positivo, de general, ó de absoluto, me he quedado muy corto, y á fé que hubiera querido ser muy largo.

Mas no por eso he de renunciar á mi atrevido propósito; no por eso he de dejar de hacer un breve resumen de mis ideas respecto de los deberes de las hijas de Eva para con los hijos de Adán. Y para que conste, como dicen los que espiden certificados, daré término á mi aventurada tarea, sometiendo á la aprobación de todas las que la presente vieren y entendieren, el siguiente proyecto de ley, para evitaren adelante todo género de abusos femeniles.

Artículo primero. Toda mujer amará á un solo hombre sobre todas las cosas, y procurará que el amor que á este solo hombre profese, sea puro, sincero, y (oíase bien esto) desinteresado.

Artículo segundo. Como el hombre es un monstruo, una fiera, un ser extraordinariamente soberbio, toda amante procurará *domesticarle*, segun la espresion de algunas autoras muy conocidas. Una vez domesticado, ya no habrá nada que temer para en adelante.

Artículo tercero. Los medios de que la mujer se valga para cumplir lo espuesto en el artículo anterior, serán siempre leales y decorosos, bajo pena de odio y desprecio.

Artículo cuarto. Se suprimen los celos infundados, los ataques de nervios, las exigencias ridículas, las excusas demasiado conocidas, los inconvenientes de familia, y la mala ortografía.

Artículo quinto. Todo amor que se enfrie sin que el amante haya dado para ello un motivo justo y digno del enfriamiento, se castigará con

una eterna murmuración y un diploma de coqueta para la culpable.

Artículo sexto. Se adjudicará un premio á la mujer constante.

Artículo sétimo. Cada sacrificio que una mujer haga por un hombre, será tomado en consideración como un fenómeno nunca visto.

Artículo octavo. Quedan fuera de la calificación de mujeres todas las que, despues de haber amado mucho tiempo á un hombre, le desprecien por pobre.

Artículo noveno. Todo hombre que se case creyendo que su novia le ama desinteresadamente, queda obligado á no regalar ni siquiera un vestido á su novia, para que así pueda desengañarse de su error, al ver como á su novia se le van los ojos detrás de otra mujer que vista con lujo.

Artículo décimo. Queda bolidada la vanidad, como embaucadora y mala consejera del amor sincero.

—
¿Hé dicho algo, señoras mías?

Paréceme ya ver el mohín de disgusto que algunas de ustedes hacen al leer las anteriores líneas.

Harto siento yo decir ciertas cosas, pero es fuerza que el mundo sepa que entre la mujer y el hombre... hay muy poca diferencia.

Esto no obstante, creo que la mujer podría dominar al mundo.

Lo que no pudieron hacer Alejandro y César: lo que no lograron conseguir ejércitos numerosos y esforzados adalides, lo pudo realizar la voz dulce y cariñosa del que vino á estender por el mundo el cristianismo.

Sean ustedes buenas, ya que son tan bonitas.

Y ya que tengan ustedes esas dos *b b*, tengan ustedes la tercera.

Yo busco una mujer buena, bonita... y barata.

Con que tenga estas cualidades, y con que haya leído con detenimiento los *deberes* que aquí termino, me daré por muy satisfecho.

Eusebio Blasco.

FRAY AGUSTIN.

HISTORIA DEL SIGLO XVIII.

(Continuación).

IV.

—Buena noticia, Señor duque.

—¿Cuál, señora marquesa?

—Una resurreccion maravillosa, inesperada.

—Ya caigo: ¿hablais del vizconde de Beauvilliers?

—Justamente. Ha vuelto y va á presentarse con todo el brillo de su posiccion, de su juventud, de su apostura.....

—Segun veo, señora, el vizconde continúa teniendo de su parte á todas las mujeres.

—Mas que nunca. ¡Pobre vizconde!

—Yo no le compadezco: creo que va á pasar muy buenos ratos, que va á ser un héroe... al menos por espacio de quince dias.

Tal era lo que se hablaba en todos los salones. Donde quiera que dos personas se hallaban reunidas, habia de traerse á cuento á Beauvilliers. Un provinciano, que no comprendiese que la curiosidad era la causa principal de todo, hubiera creido que en la corte de Francia residia la verdadera amistad.

Habia aquella noche gran recepcion en palacio. La concurrencia era numerosísima. Unos cuchicheaban, otros miraban hácia todas partes, todos esperaban con impaciencia. Al fin llegó el vizconde, y su entrada fué un verdadero triunfo. Todas las manos se estendian hácia él, todos los ojos buscaban los suyos; el jóven no sabia á quien oir ni á quien contestar. Las preguntas llovian sobre él. En vano procuraba evitarlas; en vano se habia propuesto cubrirse con un velo impenetrable: la curiosidad, sobre todo, de las mujeres, tomaba hábilmente todas las formas y le hubiera sido en extremo difícil salvar el círculo que le encerraba, si un incidente no hubiera venido á permitirle respirar. La princesa de Mortello se presentó acompañada de su esposo: ella, suntuosamente vestida, risueña, ébria de alegría; él, serio y hasta triste.

Nunca habia estado la princesa tan bella: el murmullo lisonjero de los hombres y la expresion de despecho que se leyó en el semblante de las mujeres se lo manifestaron claramente. Su traje, tan elegante como rico, realizaba de un modo ostraordinario su belleza.

Llevaba un vestido de damasco verde claro, listado de carmesí, que se abria en delantal sobre otro de raso blanco: este rico traje se hallaba guarnecido con espléndidos encajes de oro, y el cuerpo, adornado de la misma manera, dejaba ver un peto tambien de raso blanco: en la parte inferior de la falda, lucian cordones de oro con bellotas de lo mismo: los herretes de las

mangas se hallaban sujetos por gruesos rubíes: largos alfileres de oro, adornados de las mismas piedras, sujetaban su cabellera, y sobre su blanco pecho lucian tres hilos de gruesas perlas sujetas por un rico broche tambien de rubíes.

Al verla, Enguerrando se estremeció. Al escuchar los impulsos de su corazon, hubiera corrido á postrarse á los pies de aquella mujer que, para volverle á la libertad, al mundo, lo habia despreciado todo.

La mirada fria del príncipe buscó á Enguerrando entre la multitud y le preguntó en vez de amenazarle. Por lo demás, nadie observó aquella escena muda, ni tuvo, por consiguiente, ocasion de sospechar acerca del secreto que tan bien guardaban estas tres personas. Solo el rey conocia aquel misterio, y con voz significativa dijo á Enguerrando:

—Vizconde, tengo una verdadera satisfaccion en veros aquí; nadie os alejará en lo sucesivo de entre nosotros; estad seguro de ello.

El príncipe comprendió perfectamente aquellas palabras, cuyo sentido no era, en verdad, inteligible sino para él, Leonor y Enguerrando.

Este saludó á la princesa, y fatigado de un movimiento, de un ruido de que ya habia perdido la costumbre, fué luego á descansar en un salon retirado. Una persona le habia seguido: era el príncipe de Mortello.

—Príncipe! exclamó el vizconde, volviendo la cabeza para ver aquella sombra que seguia sus pasos.

—Necesito hablaros, caballero; el momento es supremo; tal vez pasaria mucho tiempo sin que se me presentase para ello tan buena ocasion.

—¿Qué teneis que decirme? Lo que ha mediado entre nosotros se halla profundamente impreso en nuestra memoria. No necesitamos esplicaciones; os habeis considerado ofendido; habeis empleado, para combatirme y abrumarme, la mas terrible de las armas: debeis estar satisfecho.

—¡No, porque vos sois feliz, os veis libre, triunfante... y yo me veo vencido, estoy desesperado!

—¿Os ha faltado alguien? ¿Habia faltado yo al honor para con vos?

—Si entendemos el honor como vulgarmente se comprende, no: mas fiel á las buenas costumbres de lo que lo son generalmente los que viven en este siglo disipado, la princesa ha creido escusar mi nombre, absteniéndose de esas rela-

ciones culpables que confunden á las señoras del gran tono con las mas viles cortesanas; pero os ha dado un tesoro no menos precioso que su castidad: os ha dado un corazon; ese corazon que fué mio, que siempre me he esforzado para merecer; ese corazon que yo apreciaba mas que todos los bienes de este mundo y que perdí el día en que, para mi desgracia, os vió por la primera vez. Me habeis arrebatado lo que mas queria: admiraos ahora de mi furor, de mi odio, de los esfuerzos que he hecho para perderos! No, vizconde, por violenta que mi conducta haya sido, no podrá nunca merecer vuestra reprobacion. El amor, que habeis sentido, debe haceros indulgente para con el amor que me ha precipitado.

El vizconde recapacitaba al escuchar aquellas palabras vehementes, aquella triste confesion, y, á su pesar, su conciencia se inclinaba á favor de un esposo que decia: «Lo he perdido todo por vos!»

Sin embargo, creyó deber hacer la observacion siguiente:

—Puede ser, príncipe, que yo haya llevado la intranquilidad á vuestra alma y es justo que os dé una explicacion.

(Se concluirá.)

Faustino Mendez Cabezola.

HIJO POR HIJO.

(NARRACION DE UN SUCESO.)

(Continuacion.)

En una de las encruzadas del bosque llegó á su oído el lúgubre tañido de la campana que anunciaba el mal tiempo; sonido tristísimo como el toque de agonía, y aterrador como el del incendio; imponente llamada que nos anuncia la cólera del Señor, como anunciaban las trompetas en el Sinaí el paso de su gloria; voz de bronce que nos dice: «deteneos un instante, doblad las rodillas y levantad las frentes; ¡quién sabe si algunos de los que contemplais esas sombras podreis ver el iris que las reemplace!»

Salvador detuvo su paso, descubrió su airosa cabeza y escuchó un instante el fatídico son; despues, tendiendo los ojos por el ennegrecido espacio, murmuró:

—Razon de más para que se halle en la cueva, aún puedo estar allí antes que descargue el turbion; y apretando el paso y echando por

atajos, llegó en breve á las cercanías de la gruta.

Su carrera habia sido tan rápida que no pudo menos de pararse fatigado en la especie de cañada que conducia á la plataforma. Exhaló un suspiro de cansancio, quitóse la gorra, y limpió con un pañuelo el sudor que de su frente goteaba.

La quietud de la naturaleza era en aquel momento tan profunda y solemne, que sobresaltó al jóven el ruido de unas hojas agitadas de pronto á su espalda.

Volvióse súbito, mas solo vió la leve ondulacion, que se calmaba paulatinamente, de las ramas de un alto y esquivo matorral.

Juzgando que detrás de este podia esconderse álguien, dirigióse rápidamente hácia el sitio, mas sin encontrar cosa alguna. Entonces, notando algo más lejos el mismo movimiento, cogió una piedra que arrojó allí con certera mano, sin que grito, queja ni nueva agitacion en la maleza respondieran al golpe.

Convencido de que el ruido lo produjo alguna enorme culebra que rastreaba entre los jarales, ó algun zorro que en busca de su guarida huia asustado por la tempestad, siguió adelante llegando en breve á la cueva.

Entre tanto, anchas gotas de lluvia comenaron á caer. Salvador, sin reparar en ellas, miró el sitio del pozo cerrado con la piedra y el ramaje.

—¿Dónde estará ese hombre? pensó: aquí no, en la poblacion tampoco, ¿en donde hallarle ahora con la tempestad encima? Y como la lluvia arreciase, guareciöse bajo la roca. Un bronco, rudo y prolongado trueno resonó de repente repitiendo su tremenda vibracion los ecos que se escondian en las concavidades del monte. Salvador asordado por aquella espantosa detonacion, viendo además caer la lluvia por las hendiduras de la roca, y que abrian las nubes sus senos arrojando de ellos grueso y punzante granizo, y que las cataratas del cielo parecian querer lanzar sobre la tierra todo el caudal de sus aguas en un segundo diluvio, apartó apresurado cuanto cerraba el pozo y se deslizó en él como único punto de refugio.

Al entrar en la cueva, su primera idea fué encender luz, y la segunda tapar la entrada, pues el agua, que comenzaba á bajar á torrentes, amenazaba inundarla; mas, por desgracia, los fósforos que como fumador acostumbraba á llevar siempre consigo, se habian inutilizado con la humedad.

Palpando la pared, dirigióse entonces al sitio donde se gurdaban los útiles para encender fuego; más feliz con estos, logró, al cabo de unos instantes, encender una vela que colocó en su acostumbrado cubillo, volviendo luego para cerrar la cripta. Mas al avanzar hacia la entrada, retrocedió súbito viendo levantarse ante sus ojos siniestra y amenazadora la figura de Peralta.

—¿Por donde habeis entrado? preguntó Salvador en su sorpresa.

—Por donde vos! repuso el aragonés, mirad ya cerrada la boca, y vos ¿a qué venís?

—A buscaros.

—¿A mí, si no ofrecí volver hasta el jueves?

—¿Entonces como os encontráis en este sitio?

—Yo estoy en mi casa, soy el amo y no he de dar cuenta de mis acciones; vos si que sois mi subordinado.

—Os engañais; acabóse ese tiempo, dos meses hace que me explotais como á un esclavo, que me teneis dias enteros en esta cueva inclinado sobre esa máquina donde caen las gotas de mi sudor, mientras vos os paseais tranquilamente sin que os falte otra cosa que el látigo del negrero. ¡Y yo me sometia á todo, sin sospechar que me engañabais, y que queriais arrebatar-me la mujer á quien amo! Hora es, pues, de que concluya tan dura servidumbre.

(Se continuará.)

María Mendoza de Vives.

MODAS.

Empezaremos nuestra acostumbrada revista dando parte á nuestras amables lectoras de dos bodas del gran mundo parisiense.

La primera es la de Mlle. Baroche. Antes de la ceremonia nupcial, que tuvo lugar en la capilla del senado, hubo en el ministerio de justicia una fiesta de familia para firmar los contratos.

Como la moda impera no solo en los trages, sino tambien en el decorado de las habitaciones, y en el servicio de la mesa, diremos algo acerca de esto, lo que creemos no desagradará á nuestras elegantes suscriptoras.

En el comedor del ministerio de justicia, se veia una elegante mesa con cuarenta y ocho cubiertos, y estaba decorada con infinito gusto.

Tres servicios eran entera nente dorados con grupos de amores de una finura maravillosa, retenidos por guirnalda de flores.

Cada grupo estaba separado por dos copas de oro cargadas de macarrones de azúcar formando franjas heladas, y sostenidas por dos amorcillos, obra maestra de confiteria hecha exclusivamente para la conida de boda de la hija del guarda-sellos.

Veinte y cuatro criados servian á la mesa, teniendo cada uno designado de ante mano su cuidado especial.

La sala del convite estaba vestida toda de mármol rojo vetado de oscuro; la cornisa estaba sostenida con amorcillos de mármol blanco.

Cada convidado habia recibido una targeta en la que se encontraba el nombre de la dama á quien debia ofrecer el brazo: esta targeta, tenia en el reverso el plan de la comida, y además consignado el sitio que su propietario debia ocupar. A cada uno que llegaba al pié de la escalera, el suizo daba un golpe de alabarda para prevenir á los ugieres de servicio que estuviesen prontos á anunciar á la puerta del salon.

La jóven desposada se presentó deslumbradora de gracia y de belleza: llevaba un traje de gros azul-azulina, y sobre este otro de muselina blanca y finisima, adornado de entredoses y volantes de Valenciennes: en su hermosa cabellera no habia mas adorno que dos rosas té, prendidas con un broche de brillantes.

Este traje, que describia por detrás una inmensa cola, era, por su misma sencillez, de una novedad encantadora.

El color lila era el que dominaba en las toilettes de las damas: una lindísima jóven, hermana del novio, llevaba vestido de gros de este color, cuya falda estaba adornada de bullones de tul, del mismo matiz, sembrados de lazos de cinta de raso lila: en los cabellos un trenzado de frutos de diamantes.

El arzobispo de París ha bendecido el matrimonio en la capilla del senado.

Los testigos, por parte del esposo, han sido: M. Vuitry, presidente del consejo de Estado, y M. Chaumont.

Los de la esposa han sido: M. Rouher ministro de Estado, y M. Fould ministro de hacienda.

Alejandro Dumas (hijo) ha inclinado tambien su cabeza ante la coyunda de himeneo; se

ha casado con Mme. de Nariskine, viuda rusa y una de las mujeres mas de moda en París.

—Mme. de Nariskine, es jóven? es bella?

He aquí lo que me preguntareis todas las que habeis leído las novelas de Dumas (hijo).

Cartas de nuestros amigos de París nos aseguran que Mme. de Nariskine es la protagonista de la linda novela que su esposo escribió, al conocerla, titulada: *La dama de las perlas*; y que su edad es la de las mujeres de Balzac: esto es, aquella en que la belleza, la gracia y el talento, están en toda su plenitud.

Su posicion es de las mas ilustres, pues los Nariskines descienden de la casa imperial de Rusia.

* * * *

Despues de hablaros de dos bodas, lo haré de dos regalos.

Gustavo Doré, el gran artista de que la Francia se enorgullece con tanta razon, ha ofrecido á la bella y distinguida Mme. de Romini, una alhaja inestimable: consiste en un abanico espléndido y decorado por su magnífico pincel: el ilustre Doré ha pintado sobre la tela el adorable motivo musical ¡oh *Matilde*, *ídolo de mi alma!* de Rossini, en el *Guillermo Tell*.

Pero como la forma de las notas de música, no le ha parecido bastante bonitas las ha reemplazado por cabezas de amorcitos, cada una de las cuales tiene la espresion de la nota que significa.

Es imposible describir, la gracia, dulzura de todos estas cabecitas encantadoras.

En las semicorcheas, los amores están reunidos en bajeles, y manejan los remos.

Ahora decidme si se puede imaginar nada mas artístico y precioso que este regalo, digno de una reina.

* * * *

Otro presente, no menos artístico, está destinado, y tal vez habrá sido entregado ya, á Adeline Patti.

Es un regalo anónimo, y consiste en un soberbio *necessaire* de tocador, cuya caja es de marfil; todas las piezas interiores son de oro, y cada una lleva en esmalte azul las letras A. P.

Como este regalo llegará sin carta ni tarjeta, y como si cayera de las nubes, la linda artista se verá obligada á aceptarlo, sin saber á quién lo debe: nosotros lo sabemos.... pero no queremos revelarlo ni aun á nuestras lectoras porque hemos dado palabra de guardar secreto.

* * * *

Perdonad si por hoy no os hablamos de vestidos y adornos, pues craemos que lo que os hemos contado no os disgustará, y permitidnos que terminemos asegurándoos que el peinado á la griega y dispuesto muy alto va ganando terreno, y que bien ejecutado es muy gracioso; se adorna con cintas del color del trage, y con sortos de perlas para baile y teatro: en los cabellos negros, las sargas de corales son de un efecto encantador.

La colocacion de las flores es muy difícil en este peinado: pero una hábil é inteligente modista nos ha asegurado que se llevará al lado izquierdo una media corona y al derecho algunas flores sueltas.

Creemos, sin embargo, que el peinado alto no favorece á todas las fisonomías, y que solo es bonito en las cabezas graciosas y espresivas.

Pamela.

LABORES.

La chaquetilla, cuyos patrones repartimos con este número, es de la forma mas graciosa, y muy propia para señora jóven y señorita.

Se puede hacer de terciopelo negro, violeta ó azul: de paño fino de cualquiera de estos colores, y tambien de paño encarnado.

Las guarniciones deben ser mas ricas si se hace de terciopelo, adornándola de pasamanerías ó pequeños guipures, y poniendo los botones de las solapas y carteritas tambien de pasamanería.

En el caso de hacerla de paño oscuro, los ribetes serán muy apropiado de cinta labrada, y los botones en armonía.

Finalmente, haciéndola de paño grana, aconsejamos adornarla con terciopelitos negros y botones pequeños de azabache de forma cuadrada.

No damos la explicacion para la union de las piezas, porque los patrones la indican con precision y claridad.

Pamela.

Por todo lo no firmado,

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Editor propietario, JOSÉ MARCO.

MADRID: 1865.—Imp. Española, Torija, 14